

**Paisaje de la Literatura  
Infantil en España**

**LA POESÍA EN LAS REVISTAS INFANTILES  
DE POSTGUERRA**

**Jaime García Padrino\***

*In memoriam Arturo Medina*

Las posibilidades para la creación y difusión de la poesía al alcance del niño estuvieron marcadas, durante los años de la postguerra, por las circunstancias generales que marcaron la vida de los españoles en aquella época difícil. Así, la escasez habitual —más bien histórica por su constancia en la evolución del género— de publicaciones de carácter poético se vio agravada o aumentada por las dificultades materiales y culturales vividas en los años inmediatos al fin de la Guerra Civil. La presencia de la llamada *poesía infantil* se hizo, por tanto, aún más escasa o minoritaria en el conjunto general de las ediciones dedicadas al niño y al joven, y, por ello, más difíciles hoy de conocer y recuperar.

Sin embargo, tan notoria carencia fue compensada, en buena medida, por la estimable atención dedicada a la poesía para la infancia desde las páginas de las revistas infantiles. Más en especial, de *Flechas y Pelayos* y de *Maravillas*, publicaciones de inequívoco carácter oficialista como dependientes de la Secretaría General del Movimiento, donde las colaboraciones poéticas de bien diferente carácter y de diversos autores contaron con notable presencia, a la vez que reflejaban, por otra parte, muy distintas actitudes creadoras a la hora de encarar la adecuación de la poesía al niño.

De tal modo, si una de aquellas dos revistas antes mencionadas ofrecía un poema de carácter instructivo o religioso, firmado por colaboradores habituales entonces en sus páginas y después olvidados, como Francisco Fernández Vegué y Octavio de Medeiros, la siguiente entrega de la revista, o



incluso a veces en ese mismo número, podía incluir una composición de más auténtico carácter infantil, con la firma de creadores como Carlos Edmundo de Ory, Ángeles Amber o Gloria Fuertes, bien frecuentes asimismo en aquellas páginas dedicadas a la infancia de los años cuarenta. Si bien la relación de tales colaboradores es más amplia y no se limita a los nombres antes citados, ellos son, sin duda, los más significativos de esas dos actitudes bien contrapuestas en la poesía dedicada a los pequeños lectores desde las páginas de *Flechas* y *Pelayos* y de *Maravillas*.

Los poemas de Octavio de Medeiros sirven como claro ejemplo de unos versos de carácter instructivo o moralizante, donde la ramplonería de los componentes básicos de ritmo, rima y estructuras estróficas estaban al servicio claro del mensaje que se intentaba transmitir a sus lectores:

### **El tambor y el agua**

Dentro del tambor de acero  
hierve el agua a todo hervir  
y, en busca de un agujero,  
lucha el vapor por salir  
cual rebelde prisionero.

Aprieta, presiona, insiste,  
y, al ver que su esfuerzo es vano,  
con mayor ímpetu embiste  
y a la presión de Vulcano  
hasta mil grados resiste.

¡Ah!, pero llega un momento  
en que es tan denso el vapor  
que explota brusco, violento,  
y pulveriza el tambor,  
el fogón y el pavimento.

Las paredes sacudidas  
se derrumban al instante  
y van sepultando vidas,  
bajo su peso aplastante  
en escombros convertidas.

El carácter opresor  
que, con fuerza o vanagloria,  
provoca lucha y dolor  
guarde siempre en la memoria  
que el agua rompe el tambor.

(En *Maravillas*, núm. 390,  
27 febrero 1947).

Por su parte, Francisco Fernández Vegué no se quedaba atrás a la hora de instruir a sus pequeños lectores en las consignas que, de acuerdo con la ideología inspiradora de aquellas publicaciones dirigidas por Fray Justo Pérez de Urbel, debían animar la formación del *modelo* de niño español en aquella tendencia postguerra:

### Por el Imperio hacia Dios

Para España defender  
por todo el haz de la tierra  
soldado quisiera ser,  
que no me asusta la guerra.

y cuantos más enemigos  
derrotáramos los dos,  
más luchar con mis amigos:  
por el Imperio hacia Dios.

Ser aviador en mi cielo  
o ser marino en mi mar,  
poder volar y volar  
llevando a España en el vuelo;

(En *Flechas y Pelayos*, núm. 213,  
3 enero 1943).

AÑO IV  
SEMENARIO  
NACIONAL  
INFANTIL

25

**FLECHAS Y PELAYOS**

25 cts. POR EL IMPERIO HACIA DIOS

N.º 123

DIRECCION Y  
REDACCION:  
MONTE ESQUIN-  
ZA, 2 - MADRID  
TELÉFONO 49426  
APARTADO 213  
13 ABRIL

1941

Cabecera de *Flechas y Pelayos*

Muy diferente era la disposición creadora y la correspondiente intencionalidad de los poemas de Ángeles Amber. Sobre todo, en muchos de ellos resalta hoy una acertada adecuación a esos destinatarios específicos, a la hora de recrear las categorías propias de la infancia. Entre los ejemplos posibles de esta autora, hemos elegido el siguiente poema:

**Pozo**

Los dos cubitos bajaban  
hasta el líquido del pozo...  
(Campanitas en el agua).

El cielo se reflejaba  
en el espejo del fondo...  
(Agua y cielo se miraban).

Una enredadera grande  
su flor al pozo asomaba...  
(Subía tanta frescura  
y era la tarde tan cálida)...

Cogió la niña riendo  
el último cubo de agua  
y el eco fresco del pozo  
su risa multiplicaba.

Como alegres campanillas  
que en el fondo repicaran.

(En *Maravillas*, núm. 360,  
1 agosto 1946).

Otra de las modalidades poéticas más frecuentadas en aquellas páginas por los creadores antes citados eran las nanas infantiles. También Ángeles Amber firmó algunas de ellas, en esa misma línea de delicada sensibilidad poética a la hora de encarar la relación con el mundo propio de la infancia:

**Nana**

Nana, nana, mi cielo,  
duerme sin saber nada,  
que no será la luna  
quien te meza en la cama,

que no serán estrellas  
entre las enramadas  
de enredaderas verdes  
y flores encarnadas.

No sepas que en la noche  
suspira quien te canta,  
ni que hay flores de seda  
dormidas en las zarzas.

Sonríes... No, no sabes...  
¡Es tan nueva tu alma!  
Quizá viste un romance  
brillando entre las lágrimas

(En *Maravillas*, núm. 362, 15 agosto 1946).

Un poeta de tan significativa trayectoria como Carlos Edmundo de Ory —creador del *postismo*, movimiento poético que buscaba, entre otras metas, romper con «una anacrónica cultura montada sobre la evasión de un mundo bien hecho»<sup>1</sup>— publicó al menos diecinueve composiciones infantiles en la revista *Flechas y Pelayos*<sup>2</sup>. Coincidieron así en el tiempo con los poemas de su primera época madrileña y la formulación del Postismo, como «un nuevo dadaísmo en una también posguerra»<sup>3</sup>.

En aquellas colaboraciones de Carlos Edmundo de Ory para *Flechas y Pelayos* apuntaba ya una sensibilidad alejada de los tópicos acentos que dominan, a veces, el modo de dirigir la palabra poética a la infancia. Carácter innovador que el poeta sabía plasmar en sus versos infantiles, tanto a la hora de recrear los elementos de las nanas tradicionales, como al reflejar el particular universo poético que rodea los primeros momentos en la vida de un niño:

### Nana

—Duérmete pronto, mi niño,  
que ya en la calle el viento  
afilas sus cuchillos.

—¡Mamita, y en mi sueño  
está cantando un grillo!

—Duérmete pronto, duerme;  
que la tarde en la calle  
tristemente enlunece.

—¡Tengo miedo, mamita,  
de mi sueño de nieve!

(Ay, el viento y la luna  
desvelaron su cuna).

(En *Flechas y Pelayos*,  
núm. 209, 6 diciembre 1942).



Madre, no quieras dormirme  
porque tengo el sueño lejos.

(En la luna está danzando  
un diablo oscuro y siniestro).

No quieras dormirme, madre  
que se me ha perdido el sueño.

(Cinco mujeres opacas,  
roncas, cantan sobre el viento).

Pero duérmete, hijo mío.

Madre, pero no me duermo.

Carlos E. de Ory.

Poema de C.E. de Ory, publicado en *Flechas y Pelayos*, núm. 220, 21 de febrero de 1943.



### El niño de la luna

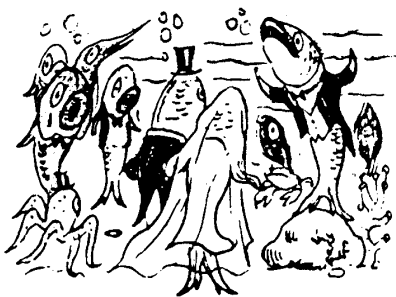
El niño que ve la luna  
en el cielo y en el lago;  
el niño que ve la luna  
dice llorando:

Yo quiero coger la luna  
con cada mano...  
Luna doble de la noche:  
(luna sin años).

—Yo quiero coger la luna  
con cada mano;  
una que está en el cielo  
y otra en el lago.

(En *Flechas y Pelayos*, núm. 259,  
21 noviembre 1943).

No menos interesante resulta el rastrear en las páginas de *Maravillas* y de *Flechas y Pelayos* el desarrollo del proceso creador seguido por Gloria Fuertes, en la búsqueda de un estilo original que caracterizase su visión personal del mundo infantil. De aquella evolución inicial en los poemas de Gloria Fuertes dedicados a la infancia, resultan reveladores ejemplos sus primeras colaboraciones para la revista *Maravillas*. La primera de ellas, aparecida a finales del año 1940, tenía como título «Fiesta en el mar»<sup>4</sup> y definía ya el carácter absurdo y disparatado con el que la autora gusta de animar sus breves historias:



Il. de Soravilla, para *Fiesta en el mar*, de  
Gloria Fuertes.

Allí hay boda, ¡vaya, vaya!  
—¿Quién se casa?  
—Un “lenguado” con una galla.  
Por estar de luto los Calamares no pueden ir.  
El padrino llega tarde.  
—el padrino era el Delfín.

Durante la ceremonia  
echó un sermón don Salmón,  
y todos los convidados,  
lloraron impresionados  
y el mar, de la alegría,  
se puso muy salado.  
(...)

El número siguiente publicaba su primera narración en prosa. Con el título de «La herencia de *Señá Rosa*», la autora ofrecía a sus lectores una historia

de tono realista y de aparentes notas autobiográficas en cuanto justificación de su propósito de escribir para niños. La “señá” Rosa es una viejecita que vive en una guardilla “monísima”. Es amiga de una niña, Carmencita, y debe dejar la casa porque no puede pagarla. Carmencita y su mamá la acogen en su hogar. La anciana instala un puesto de castañas en una esquina madrileña y, mientras, cuenta historias a la niña. Un resfriado lleva a la viejecita a los cielos. La historia se cerraba con el siguiente final:

Y sabed que a Carmencita le gusta escribir y está recordando los cuentos y las leyendas que la castañera le contaba y que yo os las iré regalando según Carmencita vaya escribiendo.

Y os gustarán tanto como a ella.

El siguiente de los números de *Maravillas* introducía ya a Coleta, el personaje que llegaría a ser la protagonista más peculiar de Gloria Fuertes. A su caracterización contribuyeron con indudable acierto las ilustraciones de Soravilla, iniciándose una larga colaboración entre ambos creadores en esas dos publicaciones infantiles:

### **Coletita la traviesa**

Nació una niña en un pueblo  
y le pusieron Coleta:  
y cuando a Madrid llegó  
todos le llaman “paleta”.

Tenía un buen carácter,  
que ella nunca se enfadaba;  
y lo malo que tenía  
era la guerra que daba.

Como su madre era pobre  
y Coleta chica lista,  
le hicieron un trajecito  
y... ¡a trabajar de modista!

En el metro se hace un lío  
y en el tranvía no paga;



Il. de Ulises Wensell, para *Coleta, la poeta*, de G.Fuertes (Valladolid; Miñón, 1982).



y se pasa el día andando  
Coletita con su caja.

Un poquito distraída,  
va a cruzar entre los coches  
de la Gran Vía, Coleta,  
y se acuerda de repente  
que hay que pagar dos pesetas.

No se apura: piensa un poco  
y Coleta, la traviesa,  
se acerca al guardia del gorro,  
le saluda y le pregunta:

—¿Se va por aquí a Cascorro?  
El guardia saca la "Guía"  
y la dice: —"Rapaceja",  
cógete ese tranvía,  
y por diez allí te deja.

—¡Gracias, gracias, señor guardia!  
dice riendo Coleta...  
(he salido del apuro  
y... que me llamen paleta).

(En *Maravillas*, núm. 68,  
26 diciembre 1940).

Con el personaje de Coleta, Gloria Fuertes rompía los esquemas prototípicos de las infantiles protagonistas femeninas de aquellos años, como *Mari-Pepa*, de Emilia Cotarelo, *Tomasica, la lagarterana*, de Carmen Sert —nacidas ambas en las páginas de la anterior *Flechas* en plena Guerra Civil—, y, más en especial, de *Mari-Sol*, de Josefina Álvarez de Cánovas, o la posterior *Antoñita la fantástica*, de Borita Casas.

A partir de aquella primera entrega, las peripecias literarias de *Coleta* definieron a tal personaje como una insólita figura infantil que se movía en situaciones realistas, pero siempre disparatadas, donde no importaba tanto la coherencia de lo sucedido ni la propia continuidad en la evolución del personaje. Al no seguir una pauta fija, ni en los recursos expresivos ni en la sucesión de los episodios vividos por la protagonista, en una de las historietas Coleta era la asistente de los señores de Rostroduro y en otra, sin ninguna explicación argumental, podía ser una gentil amazona en un concurso hípico o verla poco después en su pueblo cuidando al abuelo, o con su amiga *la tonta del bote*. Para desarrollar cada episodio recurría tanto al verso como a la prosa, si bien iba apuntando en ellos ya el gusto de Gloria Fuertes por el cultivo de formas versificadas, sencillas y sonoras, en un inequívoco deseo de establecer una particular «comunidad-comunicación» con sus lectores, merced al empleo de un lenguaje coloquial, con términos propios del habla de la calle, que favorece una



cierta complicidad entre la autora y sus destinatarios.<sup>5</sup>

Aunque las colaboraciones de Gloria Fuertes —poemas, narraciones en prosa, adaptaciones de leyendas, informaciones diversas...— simultanearon su presencia en *Flechas y Pelayos*<sup>6</sup> y en *Maravillas*, fue en las páginas de esta última donde definió mejor los rasgos que después serían característicos en sus creaciones infantiles. En ese sentido, la colaboración titulada «Pues señor... veréis lo que me pasó» (nums. 126 y 127, 5 y 12 de febrero de 1942) era un breve relato de claro tono autobiográfico<sup>7</sup> utilizado por la autora para justificar esa dedicación suya a las creaciones infantiles.

Al mismo tiempo, y tanto en *Maravillas* como en *Flechas y Pelayos*, Gloria Fuertes fue ofreciendo una nutrida galería de personajes no menos absurdos y disparatados que Coleta: Canutín, Agripino Felino, El fresco de Don Simón, Don Pirulí de la Habana, el chino Chin-chaté, Pelines, Pitusa y Currita. Pelucho...

En los poemas publicados de forma simultánea a esas creaciones de tono humorístico y que conservan toda la vigencia de sus elementos poéticos de buena ley, Gloria Fuertes se inspiraba en los elementos propios de los juegos y canciones tradicionales de la infancia:

### Que llueva

(Canción infantil)

—Angelitos, ¡a las nubes!

Poneos a regar,  
que el pobre labrador  
no cesa de llorar.

¡Que llueva, que llueva!

El campo espera.  
Regaderas del Señor  
las nubes con agua son.  
¡Lluvia, sí! ¡Vete, sol!

Que se mojan las flores  
y nosotros no.

¡Tristeza no! ¡Alegría sí!  
¡Tristeza no! ¡Lluvia sí!

Decía mi papá:  
—Que se mojen los trigos  
que luego serán pan.

(En *Maravillas*, núm. 286, 1 marzo 1945).



## Juego

—¡Al orí! ¡Al orí!

Que el viento  
contento  
corre tras de mí...

Así cantaban las nubes,  
las unas corre que corre,  
las otras sube que sube.

El viento corre locuelo,  
todo lo lleva a su paso,  
todo lo roba del suelo.

Del viento  
contento  
se escapan las nubes.

Se esconden en las cortinas  
rojas y azules...

Viento torpe, por el cielo,  
no las encuentra.

Las nubes dicen: — ¡Orí!  
El viento se enfada luego  
y quedo  
se va de allí..

(En *Maravillas*, núm. 132, 19 marzo 1941)

En otras de aquellas colaboraciones, una visión más comprometida de la realidad apartaba con acierto sus poemas de la puerilidad blandengue que suele ser peligro habitual en los versos para los lectores más jóvenes. Tal visión menos complaciente tomaba visos claros de desgarrada denuncia social al no eludir la autora un retrato de otras situaciones que había de vivir entonces —los años del hambre— buena parte de la infancia española:

## Limpiabotas

No fue a la escuela,  
el pequeñuelo,  
de rota suela,  
de rubio pelo.  
Es pálido pero tiene  
tiznones en frente y cuello.  
Es blanco sí, pero tiene  
los ojos y dedos negros.

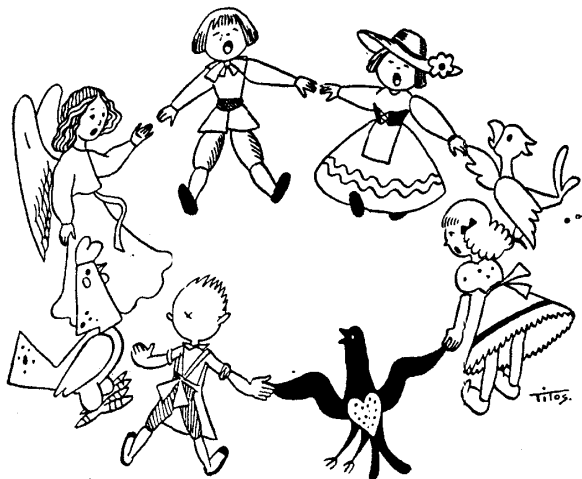
—¡Limpiaaa! —dice el limpiabotas,  
Y luego,  
en un parque solitario,  
debajo de los almendros,  
su misma caja de cremas,  
es almohada de su lecho.

Una vez, se quedó en casa,  
se puso más blanco y serio,  
y reía de contento,  
y dijo a su madre: —¡Madre,  
arrégrame lo que tengo,  
el cajón de los cepillos

con betunes de los buenos,  
que me marchó, que me subo,  
que los ángeles del cielo,  
me esperan para que limpie  
sus senderos de lucero!

(En *Flechas y Pelayos*, núm. 392, 23 junio 1946).

También las páginas de la revista *Maravillas* ofrecieron las primicias de otras creaciones de Gloria Fuertes, que, más tarde, aparecerían en sus primeros libros dedicados al niño. Así sucedía con la «Canción del niño alegre», incluida en *Canciones para niños* (¿1952?), su primera obra editada, o con «Historia patosa», protagonizada por Don Pato y Don Pito, personajes que darían título a otro libro posterior que marcaba, en 1970, el reencuentro de la autora con la poesía infantil, una vez cesadas aquellas colaboraciones periodísticas en los primeros años cincuenta y tras la publicación de *Pirulí. Versos para párvulos* (1956).



Il. de Titos, en *Canciones para Niños*  
(Madrid, Escuela Española, ¿1952?)

Valgan hasta aquí estas informaciones y breves apuntes críticos, limitados como es lógico por la adecuación al espacio disponible en las páginas de este boletín. Y si a alguien le extrañase el carácter erudito de tales aportaciones, no olvide una cosa: con ellas no se trata de otra cosa que de rescatar labores y valores que no merecen ser ignorados, para cubrir así unas lagunas en un mínimo conocimiento histórico, y, sobre todo, para disponer de unas referencias que puedan complementar una mejor valoración de nuestro momento presente.

\*Jaime García Padrino es Catedrático de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Facultad de Educación, de la Universidad Complutense de Madrid.

#### NOTAS.

<sup>1</sup>Rafael de Cózar, «Prólogo» a Carlos Edmundo de Ory, *Metanoia*, edic. de Rafael Cózar, Madrid, Cátedra, 1978, p. 27.

<sup>2</sup>*Ibidem*, p. 89. Si bien no hemos comprobado la exactitud de ese recuento, y, a diferencia de lo señalado en la fuente citada —poemas publicados entre 1943 y 1944—, las composiciones que hemos encontrado abarcan el período de 1942 a 1946.

<sup>3</sup>Félix Grande, cit. en *Ibidem*, p. 27.

<sup>4</sup>En *Maravillas*, núms. 66-68, 12, 19 y 26 de diciembre de 1940.

<sup>5</sup>Dos obras de Gloria Fuertes, más recientes, han tenido como protagonista a Coleta, ahora con nuevas historias y con ilustraciones de Ulises Wensell: Coleta la poeta (Valladolid, Miñón, 1982) y Coleta, payasa, ¿qué te pasa? (Valladolid, Miñón, 1983).

<sup>6</sup>La primera de sus colaboraciones que hemos encontrado en esta revista tenía como título «Su última enseñanza», un poema con el tema de la pasión y muerte de Jesús. Apareció en el número 122, de 6 de abril de 1941, dedicadas sus páginas casi en su totalidad a la conmemoración de la Semana Santa. En los números de ese mismo año aparecieron otras seis firmadas por Gloria Fuertes.

<sup>7</sup>La autora tiene en sus manos un libro de versos infantiles que no le agradan; interviene don Sueño y, de esa forma, descubre su verdadera vocación: cubrir esas carencias de una buena poesía para los niños.